

Anuario Internacional CIDOB 2004 edición 2005

Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales 2004.

Thabo Mbeki

Thabo Mbeki

Thabo Mvuyelwa Mbeki nació el 18 de junio de 1942 en un entorno rural pero ilustrado en Idutywa, municipio de Mbashe, en territorio que hoy forma parte de la provincia sudafricana del Cabo Oriental y que entre 1976 y 1994 perteneció al bantustán teóricamente independiente de Transkei. Miembro de la etnia mayoritaria xhosa, su padre, Govan Mbeki (1910-2001), era hijo de un jefe tribal, tenía formación universitaria y gozaba de una posición relativamente desahogada como profesor y editor de prensa. También era militante tanto del Partido Comunista de Sudáfrica (SACP) como del Congreso Nacional Africano (ANC), el movimiento político fundado el 8 de enero de 1912 para defender los derechos de la mayoría negra frente al exclusivismo blanco que patrocinaba el Gobierno de la entonces Unión de Sudáfrica. En los años cuarenta y cincuenta, Mbeki padre se destacó como dirigente del ANC y animador del movimiento obrero negro en el Cabo Oriental. La madre del niño, Epainette Mbeki, también estaba involucrada en la docencia y en actividades reivindicativas.

Mbeki y sus tres hermanos pasaron largas temporadas bajo el cuidado de amigos y familiares para que su educación, empezada en escuelas de primaria de Idutywa y Butterworth, no se viera perturbada por las vicisitudes políticas del padre. En efecto, Govan Mbeki siempre se hallaba mal encarado con las autoridades, y más a partir de 1948, cuando la victoria electoral del derechista Partido Nacional (NP) de Daniel François Malan trajo, a través de una madeja de leyes discriminatorias y represivas que cimentaron jurídicamente y reforzaron lo que ya venía sucediendo en la práctica, el inicio formal del régimen de segregación racial o *apartheid* administrado con puño de hierro por los sectores más intransigentes y conservadores de la minoría blanca descendiente de los colonizadores holandeses, británicos y alemanes.

Pero el estímulo aleccionador de sus progenitores y el estado de agitación levantisca entre la población negra de Cabo Oriental suponían una incitación irresistible a la acción política. Ya a los 14 años de edad, hacia 1956, siendo un estudiante de secundaria, Mbeki empezó a militar en las juventudes del SACP y de ahí pasó a la Liga de la Juventud del Congreso Nacional Africano (ANCYL) que encabezaba una generación anterior de militantes jóvenes, entre ellos el abogado Nelson Mandela, un paisano del Cabo Oriental y miembro del Comité Ejecutivo Nacional (NEC) del partido.

La ANCYL actuaba desde 1944 como la vanguardia social del movimiento que en 1949, rompiendo con las fórmulas legalistas practicadas hasta entonces sin éxito alguno y en respuesta al golpe de timón represivo del NP, había adoptado una estrategia de lucha extraparlamentaria no violenta, apoyándose en un movimiento de masas abierto a los ciudadanos blancos, indios y mestizos. Aplicaba un programa de acción consistente en huelgas, boicots y actos de desobediencia civil, y esgrimía un plantel de exigencias cívicas y polí-

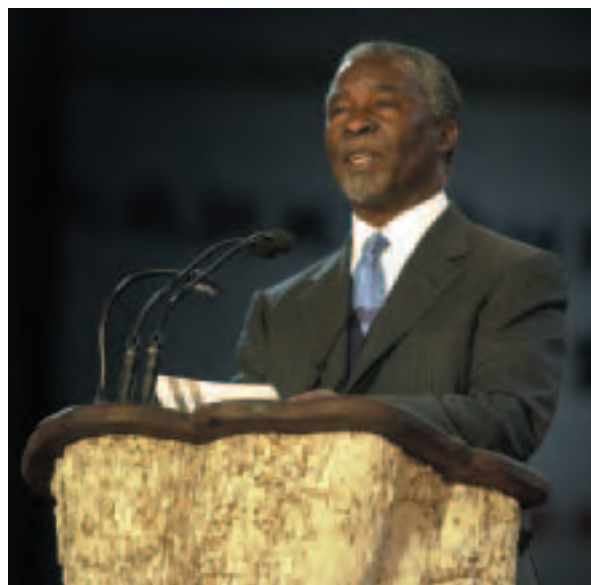


foto: DR

ticas que no admitía discusión, empezando por la igualdad jurídica de todos los ciudadanos sin distinciones de raza y la elección de un parlamento representativo sobre la base del principio democrático de *un hombre, un voto*. Inspiración fundamental para el ANC eran las campañas lideradas por el Mahatma Gandhi en India contra el colonialismo británico, pero la idea de permitir participar en la lucha a activistas no negros fue contestada por un sector del partido capitaneado por Robert Sobukwe, que en diciembre de 1959 se escindió y fundó el Congreso Panafricano (PAC), notoriamente más radical y escorado a posturas del chovinismo negro.

Cuando en 1959, precisamente, una huelga suspendió las clases en su escuela de segundo grado en Alice, al sudoeste de su Idutywa natal (en el actual municipio de Nkonkobe), y el centro fue clausurado, Mbeki prosiguió los estudios en casa para poder examinarse en el St. John's High School de Umtata, futura capital de Transkei, y obtener así el certificado en inglés. En 1960, el año de la tristemente célebre matanza de Sharpeville, que mostró el rostro más feroz del régimen segregacionista, y del decreto por el Gobierno del primer ministro Hendrik Verwoerd de la ilegalización (8 de abril) del ANC al socaire del estado de emergencia, el muchacho se desplazó al área de Johannesburgo y se puso a las órdenes del entonces secretario general del partido, Duma Nokwe, y de sus antecesores en el cargo, Oliver Tambo, ahora vicepresidente, y Walter Sisulu, que integraban con Mandela el trío de dirigentes más enérgicos y carismáticos.

Contar con ese patrocinio permitió a Mbeki ser elegido en diciembre de 1961 secretario general de la Asociación de Estudiantes Africanos (ASA), organización que hacía proseli-

tismo a favor del ANC en escuelas y universidades, y que tenía como rival a la Unión de Estudiantes Africanos de Sudáfrica (ASUSA), la cual era a su vez el frente estudiantil del PAC. Según parece, Mbeki estableció por vez primera un vínculo personal con Mandela en los últimos días de 1961, cuando éste, desengañado de las posibilidades de la lucha no violenta contra el Gobierno blanco, acababa de pasar a la clandestinidad para dotar al ANC de su primer brazo armado, el Umkhonto we Sizwe (Escudo de la Nación), concebido como un ejército popular al servicio de la causa de la liberación nacional, aunque esta protoguerrilla nunca iba a suplantarse a la lucha desarrollada en el frente civil como el principal ariete contra el apartheid.

Cada vez más absorbido por la acción política, que concentraba en el área de Pretoria-Witwatersrand, y con un pie en la subversión, Mbeki sólo fue capaz de terminar el primer año de la carrera de Economía mediante un curso por correspondencia impartido por la Universidad de Londres. En 1962, el año en que Mandela fue definitivamente encarcelado, la policía desarticuló la ASA y arrestó a la mayoría de sus miembros. Mbeki eludió el cerco y, siguiendo instrucciones del partido, consiguió llegar al Reino Unido por una arriesgada vía de escape que supuso atravesar los territorios de las futuras Zimbabue y Zambia, que entonces formaban una entidad llamada Federación de Rhodesia y Niasalandia, sujeta al régimen colonial británico, así como Tanganyika, más tarde Tanzania, que en aquel momento ya constituía un Estado independiente dotado de un Gobierno negro izquierdista y antiimperialista presidido por Julius Nyerere, y que ofreció el puerto de embarque a Europa. Su padre no pudo zafarse de la ola de represión que se abatió sobre el ANC: Govan Mbeki dio con los huesos en la cárcel y desde 1964 compartió una condena a cadena perpetua como reo acusado de sabotaje y conspiración para derrocar al Gobierno con su amigo y camarada Mandela, aunque los dos dirigentes no siempre coincidían ideológicamente.

Thabo encontró en la antigua metrópoli el sosiego que necesitaba para completar su formación académica. En 1966 obtuvo el título de licenciado en Economía por la Universidad de Sussex en Brighton y, al margen de su recién adquirida especialidad, escribió un estudio sobre la poesía romántica inglesa. Tomó parte activa en la organización de la sección estudiantil del ANC en Gran Bretaña, y una vez terminado su compromiso con las aulas entró a trabajar en la misión que los congresistas tenían en Londres. Allí, siguió los dictados de Tambo, que por esa misma época, en 1967, sucedió al fallecido Albert Lutuli –galardonado en 1960 con el primero de los tres premios Nobel de la Paz que iban a prestigiar al movimiento anti-apartheid– en la jefatura del partido.

Librado de la cárcel en su país natal, convertido en el máximo representante del ANC en el exilio y artífice de la potente red diplomática y propagandística del movimiento, Tambo mandó a Mbeki a la URSS en 1970 para que recibiera un cursillo de adiestramiento militar. Al año siguiente, Mbeki se trasladó a Lusaka, la capital zambiana, donde el partido, que tenía plenas facilidades para operar bajo la protección del presidente Kenneth Kaunda, le nombró secretario adjunto del Consejo Revolucionario. Se trataba éste de un órgano encargado de desarrollar el entramado clandestino en suelo sudafricano y

de mantener viva la llama de la lucha contra el régimen, que en 1976 perpetró su peor masacre de manifestantes en el gueto de Soweto, en el extrarradio de Johannesburgo.

Hay constancia de que en la segunda mitad de la década de los setenta Mbeki actuó desde Mozambique –colonia portuguesa que en 1975 accedió a la independencia de la mano del partido marxista Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) de Samora Machel y que brindó otra excelente base de retaguardia a los nacionalistas negros sudafricanos– como comprador de armas destinadas al aparato militar del ANC. Asimismo, desde 1973 desempeñó en Botswana, Lesotho, Swazilandia y Nigeria tareas de representante del partido para la apertura de oficinas en las respectivas capitales, y también de enlace entre los líderes históricos del ANC y los distintos colectivos de apoyo en el exilio, todo ello hasta febrero de 1978, cuando regresó a Lusaka para asistir a Tambo como secretario personal. En 1975 el ANC recompensó sus servicios a la causa dándole asiento en el NEC, la máxima instancia del partido.

Es sabido que en 1974, el año en que contrajo matrimonio con Zanele Dlamini, la policía secreta sudafricana secuestró a un hijo suyo que –las fuentes son discrepantes en este punto– tanto podría ser biológico, fruto de una relación no formalizada en sus años de estudiante, como adoptado, y también a uno de sus hermanos. Esta especie de chantaje criminal del Gobierno de Pretoria, que seguramente pretendía obligarle a que se entregara a cambio de la libertad, o la vida, de sus familiares, terminó en tragedia: el hijo fue abatido por las fuerzas de seguridad cuando intentaba huir del país, y del hermano, nunca más se supo; presumiblemente, fue asesinado o pereció en los calabozos del régimen. Cabe suponer que esta brutal experiencia extremó el aborrecimiento que Mbeki sentía hacia los amos ilegítimos de Sudáfrica.

En 1979, rigiendo el Gobierno del primer ministro Pieter Botha y el presidente Balthazar Vorster –dos adalides del NP más recalitrante–, Mbeki, inesperadamente –ya que se había acreditado como un exponente del ala radical del partido–, figuró entre los miembros del NEC que con más vigor defendieron el cambio de estrategia auspiciado por Tambo sobre el abandono de toda veleidad de derrocar al régimen por la vía militar. Resultaba una perspectiva que resultaba más utópica que otra cosa, y propusieron la concentración de todos los esfuerzos en el frente de lucha política y sindical. Ésta, debían librarla codo con codo el ANC, el PAC (el cual, empero, se resistió a este regreso a los métodos anteriores a 1961) y, luego de su fundación en 1985, la Confederación de Sindicatos Sudafricanos (COSATU).

DE LA LUCHA CONTRA EL APARTHEID A LA VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

En 1984 Mbeki ascendió a la dirección del Departamento de Información y Publicidad del ANC, y desde esta oficina eminentemente civil desarrolló una exitosa campaña de relaciones públicas que contribuyó a agudizar el aislamiento internacional del Gobierno de Bhotá, cuyo programa de tímidas reformas políticas iniciado en 1983 fue condenado sin paliativos por mantener intacto el andamiaje legal que convertía a los 20 millones de sudafricanos negros (que no eran sino los retoños

de la población autóctona) en ciudadanos de tercera, despojados de derechos, marginados y explotados, cuando no reprimidos a punta de pistola.

Pero, al mismo tiempo, en tanto que miembro del Consejo Político y Militar del partido, Mbeki planificó una campaña de sabotajes y huelgas que buscaba poner al régimen contra las cuerdas y desnudarlo ante el mundo en su naturaleza obcecada y implacable, a fin de, ya en una segunda fase, conducirlo a una mesa de negociaciones, siguiendo el ejemplo descolonizador de Zimbabwe-Rhodesia. Dentro de esta estrategia, Mbeki sondeó la cooperación con los pequeños partidos blancos liberales opuestos al dominio de NP y al apartheid, que iban a fusionarse en vísperas de las elecciones legislativas de septiembre de 1989 (últimas en las que no pudieron participar los negros), dando lugar al Partido Democrático (DP), y también con la clase empresarial y financiera, que estaba muy preocupada por el impacto de las sanciones internacionales.

Progresivamente inclinado al posibilismo y mostrando poca paciencia, Mbeki trabajó con Tambo y el resto de la plana mayor del ANC en el exilio en pro del diálogo con el Gobierno de Bhotá, que en 1986 desató otra terrible ola represiva contra los suburbios densamente poblados de Johannesburgo, Ciudad del Cabo y Port Elizabeth. Paralelamente, desde su celda y un poco por su cuenta y riesgo, Mandela emprendió con sus carceleros una serie de comunicaciones que al principio fueron de tanteo y secretas, pero que luego iban a producirse públicamente y al más alto nivel, permitiendo intuir un desenlace negociado del conflicto.

Esta impresión se reforzó con gestos como el de la puesta en libertad, el 5 de noviembre de 1987, de Govan Mbeki, 23 años después de ser internado en la prisión de máxima seguridad de Robben Island, aislada en el mar a 11 km de Ciudad del Cabo, y donde hasta hacía tres años había purgado también su cadena perpetua Mandela, por entonces recluido en la prisión de Pollsmoor, en el continente. Los otros seis condenados en el proceso de 1964, entre los que estaba Sisulu, no fueron excarcelados en esa ocasión. Es muy probable que la liberación de Mbeki padre, que para muchos era la segunda personalidad del ANC en estatura moral detrás de Mandela, fuese una medida de gracia arrancada por el equipo de Tambo y, por ende, el propio hijo del amnistiado, en atención a su avanzada edad (77 años). Y eso, a pesar de que el Gobierno seguía considerándole un comunista irredento susceptible de violar la Ley de Supresión del Comunismo de 1950, y de que él mismo, en su primera rueda de prensa, se negara a abjurar de la violencia como instrumento de lucha política.

Todo indicaba que existían contactos subterráneos entre la cúpula del ANC y el Gobierno, aunque las conversaciones políticas en firme, por el momento llamadas "secretas", no recibieron el banderazo de salida hasta después de la entrevista de Mandela y Botha en la residencia presidencial de Pretoria en julio de 1989. Mbeki pasó a encabezar el Departamento de Asuntos Internacionales del partido y el NEC le nombró comisionado en las primeras reuniones formales con los representantes del nuevo presidente de la República desde agosto, Frederik de Klerk, quien se mostraba dispuesto a iniciar la era de las reformas liberalizadoras y que deseaba

saber si la dirección del ANC en el exilio respaldaba la transición no traumática y consensuada que Mandela preconizaba. En enero de 1990 Mbeki se reunió en Zambia con su padre después de 27 años de separación.

El 27 de abril de 1990, después de producirse la vuelta a la legalidad del ANC (el 2 de febrero, a la par que el SACP, el PAC, la COSATU y otras organizaciones negras) y la liberación de Mandela (11 de febrero), Mbeki y otros ilustres exiliados retornaron a Sudáfrica, donde él no había puesto el pie desde hacía 28 años. Ya sin temor a sufrir persecución del Estado y sin necesidad de moverse en la clandestinidad, Mbeki prosiguió su labor discreta como interlocutor en las negociaciones para el desmantelamiento del entramado jurídico e institucional del apartheid, complicado proceso que iba a estar trufado de mutuas desconfianzas y acusaciones, si no de las tensiones generadas por embates tan peligrosos como los sangrientos enfrentamientos en Kwazulu (Natal) entre xhosas, mayoritariamente identificados con el ANC, y los zulúes del Partido Inkatha de la Libertad (IFP) que lideraba el primer ministro del bantustán, Mangosuthu Buthelezi. Además, elementos de la extrema derecha blanca intentaron sabotear lo ineluctable mediante provocaciones terroristas.

Valorado como un profesional de la política astuto, un negociador hábil y un perfecto conocedor de los entresijos del movimiento al que pertenecía, la figura relativamente ambigua de Mbeki, proclive a incómodas comparaciones con Mandela, suscitaba aprensión en la minoría blanca por su pasado inequívoco y por el rencor que destilaban algunas de sus declaraciones. Por el otro lado, su imagen de burócrata frío y calculador, reacio al contacto físico con las masas –en un país donde la espontaneidad y la bonhomía en los tribunales de color se valora por encima de todo, y se demuestra saliendo a bailar una danza tradicional o un ritmo moderno–, le hacía acreedor de apoyos más que templados entre las bases del ANC. Aunque podía hacer gala de jovialidad y sonreír a espuestas, Mbeki, con sus maneras sofisticadas, estaba lejos de ser un líder carismático, además de que su fama no podía compararse a la de su padre, un *histórico* del movimiento elevado a la categoría de mártir de conciencia.

El caso es que Mbeki secundó a Mandela en sus exhortaciones a la moderación y la cooperación con las reformas emprendidas por de Klerk, rogativas que no hallaron eco en los extremistas de izquierda del PAC, el cual siguió apostando por la vía revolucionaria y la supresión del poder blanco por la fuerza, aunque el margen de maniobra de este grupo disminuía a ojos vista. Una decisión crucial del ANC fue, el 6 de agosto de 1990 y en virtud de los llamados Acuerdos de Pretoria, renunciar solemnemente a la lucha armada y comprometerse junto con el Gobierno a hacer lo posible para reducir la violencia de signo político, la cual, al contrario, iba a alcanzar en los tres años siguientes unos niveles estremecedores.

Mbeki vio fortalecida su posición ejecutiva en la primera conferencia nacional celebrada por el ANC en suelo patrio desde 1959, la cuadragésimo octava desde 1912, del 2 al 6 de julio de 1991. Reunidos en Durban, los congresistas aprobaron reorganizarse como un partido político propiamente dicho, dejar atrás las connotaciones revolucionarias propias de los movimientos de liberación y confiar en la línea



pragmática. La cita fue histórica también porque supuso la elección de Mandela como presidente ejecutivo en sustitución de Tambo, que estaba enfermo y hospitalizado en Suecia, y el encumbramiento de una nueva generación de activistas, el más brillante de los cuales, el sindicalista Cyril Ramaphosa, relevó a Alfred Nzo en la secretaría general.

Con el venerable Sisulu aupado al puesto de vicepresidente para que dispensara consejo y arbitraje, el trío de lugartenientes de Mandela con más peso político y mejores dotes para la organización y la interlocución quedó conformado por Mbeki, Ramaphosa y Chris Hani. Éste último era actualmente el secretario general del SACP, amén de miembro del NEC, y hasta el año anterior había sido el jefe del Estado Mayor del Umkhonto we Sizwe, el cual observaba la suspensión de la lucha armada y retrasaba su disolución formal hasta la completa abolición del apartheid y la promulgación de una Constitución democrática.

Aunque en las actuales circunstancias se antojaba prematuro hablar de sucesión, la edad (73 años) de Mandela, a pesar de hallarse en plenitud de facultades y de que a nadie se le pasaba por la cabeza que fuera reemplazable hasta la conclusión de la transición y aún varios años después, suscitaba inevitablemente las especulaciones sobre favoritos o *delfines*. Ramaphosa, con 38 años, era demasiado joven para aspirar a la jefatura del movimiento, y además se le veía más útil y valioso en un papel auxiliar. Sin duda, Mbeki y Hani, que por contraste fueron ubicados respectivamente uno en el ala moderada y el otro en la radical, eran los dirigentes mejor situados para suceder a Mandela algún día.

Las dudas sobre el particular se aclararon de la manera más trágica el 10 de abril de 1993, cuando Hani fue asesinado a las puertas de su casa por un ultraderechista blanco. Tras este magnicidio, que puso a prueba el temple de los congresistas y que no consiguió su objetivo de descarrilar las negociaciones políticas, Mbeki quedó perfilado como el *número dos* del partido. Su condición de heredero fue establecida de manera oficial el 31 de agosto de 1993, cuando el NEC, a instancias de Mandela, le confirió el puesto de presidente nacional (*national chairperson*), que estaba vacante desde el fallecimiento de Tambo el 24 de abril anterior. Con todo, sus partidarios, en especial la dirigencia de la ANCYL, habrían preferido que hubiese desplazado a Sisulu en la vicepresidencia ejecutiva. Esta promoción orgánica iba a demorarse hasta la 49ª Conferencia Nacional, celebrada en Bloemfontein en diciembre de 1994, cuando Sisulu (fallecido en 2003) anunció su jubilación política.

El economista fue una de las eminencias grises del ANC que, primero en el seno de la Convención por la Democracia en Sudáfrica (CODESA, I y II) y luego, desde abril de 1993, al fracasar la anterior, en el Foro de Negociaciones Multipartitas (informalmente llamado CODESA III), consensuó los mecanismos y las instituciones para el período de transición, los términos de la Constitución provisional y los detalles de las elecciones multipartidistas, convocadas para los días 26 y 27 de abril de 1994, así como el Gobierno de coalición que debía emanar de las mismas. Sin embargo, esta labor fue de puertas hacia dentro en tanto que Ramaphosa, como negociador jefe, acaparaba la atención del público. Toda vez que

muchos cuadros del partido estaban disconformes con las, así les parecía, excesivas concesiones al NP y el IFP, que falseaban el verdadero peso político del ANC y sus aliados, fue Ramaphosa quien cargó con las acusaciones de claudicación, mientras que la reputación interna de Mbeki quedó intacta.

Con toda lógica, Mbeki fue la persona escogida por Mandela para flanquearle como primer vicepresidente –la Vicepresidencia segunda fue para el ahora ex presidente de Klerk– en el Gobierno de Unidad Nacional (ANC, SACP, NP e IFP) que entró en funciones el 13 de mayo de 1994. Las tomas de posesión acontecieron en un ambiente de euforia generalizada, que las masas negras vivieron con un fervor prácticamente mesiánico, y al cabo de las históricas elecciones de abril, en las que el ANC, en una victoria arrolladora conocida de antemano, capturó con el 62,6% de los votos 252 de los 400 escaños de la nueva Asamblea Nacional multirracial, y la investidura de Mandela por los diputados.

PRAGMATISMO PARA AFRONTAR LOS RETOS SOCIALES Y ECONÓMICOS

En los cinco años siguientes, y puede decirse que también después, Mbeki sufrió un permanente déficit de popularidad, no correspondido con el nivel de aceptación de su partido, que en parte se debió al hecho de estar a la sombra de un hombre de talla excepcional e idolatrado por un pueblo agradecido, Mandela, con seguridad, el estadista más admirado del mundo, en el poder o fuera de él, y un mito viviente. El vicepresidente, que en junio de 1996 quedó como el único del Ejecutivo al decidir de Klerk y el NP retirarse del mismo por considerar que, con la aprobación de la nueva Constitución, el período transitorio tocaba a su fin y el Gobierno de Unidad Nacional ya no era necesario, continuó desempeñando un rol facilitador muy importante en la magna empresa de Mandela, que alcanzó algunos objetivos fundamentales, a saber: la implicación de las élites blancas en la normalización del país, luego de calmar sus últimos recelos; el desarme dialéctico de la extrema derecha racista, que cayó en la más completa irrelevancia y se automarginó del escenario político, al igual que el PAC; y el apaciguamiento de las violencias sectarias en la provincia de Kwazulu-Natal, luego de ir aceptando el IFP, con Buthelezi como ministro del Interior, su posición forzosamente secundaria en el nuevo orden nacional.

Mandela, y en esto Mbeki no tenía nada que objetar, definió unas reglas del juego que equilibraban el dominio político indiscutible del ANC, el cual renunciaba a ejercer el *rodillo negro* (aunque la no tenencia de la mayoría absoluta de dos tercios en el Legislativo, requerida para aprobar reformas constitucionales, tampoco era un estímulo para hipotéticas tentaciones hegemónicas), con la concesión de parcelas de poder y de responsabilidad a otros partidos destacados que no necesariamente eran aliados naturales, e incluso ni siquiera fácticos. Este esquema, de hecho, la antípoda del cambio con ánimo revanchista, un escenario temido y deseado en las dos comunidades raciales en 1994, era considerado por sus artífices crucial para la viabilidad del sistema post-apartheid, por lo menos a corto plazo. Así, Mandela confió al entorno del NP, que en los comicios había obtenido un meritorio 20,4% de los sufragios y 82 escaños, una serie de ámbitos clave como la

dirección económica y empresarial, la cual, por lo tanto, apenas alteró al principio su componente casi exclusivamente blanco y, ya en régimen de cogestión, la defensa y la seguridad interior.

El ANC no sólo hizo suyos los principios de la democracia parlamentaria más exquisita, con una verdadera oposición parlamentaria (aunque sin posibilidad de alternancia), una libertad de prensa que para sí quisieran algunos países europeos, un poder judicial independiente y el marco jurídico que brindaba una de las constituciones más progresistas del mundo. También encontró compatible su definición socialista con la preservación del sistema capitalista y la economía de libre mercado, hasta el punto de inaugurar una nada complejada campaña de privatizaciones y liquidación de monopolios del Estado, gracias a la cual numerosos dirigentes y activistas del partido, empezando por Ramaphosa (que fue denostado por sus antiguos camaradas de la COSATU), descubrieron su faceta de avezados hombres de negocios, lucrados en el proceso, eso sí, con manifiesto favoritismo. En los medios izquierdistas no tardaron en escucharse expresiones de decepción y enfado por el abandono de las metas más ambiciosas de justicia social.

El *oficialismo* congresista, sólidamente instalado en el Gobierno y el NEC, se decantó por unas políticas públicas vigorosas que hicieran posible la distribución de la renta nacional, la corrección de las abismales diferencias socioeconómicas en función de la raza y, sin proclamarlo abiertamente para no dar pábulo a acusaciones de elitismo, la creación de una burguesía y una clase media negras liberadas de mentalidad asistencial y dispuestas a luchar por una parcela de riqueza en un contexto competitivo. Se apreciaban formidables obstáculos, y Mbeki, en su informe estratégico *De la Resistencia a la Reconstrucción y el Desarrollo*, adoptado por los congresistas como base teórica y de trabajo en la Conferencia Nacional de Bloemfontein, advirtió que, si bien la mayoría negra había conquistado el poder político, Sudáfrica continuaba siendo una sociedad racialmente dividida, con la función pública, la policía, las fuerzas armadas y la judicatura aún copadas por los blancos.

En este sentido, Mbeki y Mandela se mostraron más –por no decir, únicamente– reformistas que revolucionarios, y más gradualistas que expeditivos. Mbeki, en particular, si era un criptocomunista, como algunos sostenían, no lo demostró en la práctica de gobierno. Ni en la ejecución, ni en la planificación, ya que no otro sino él fue el redactor del programa económico del partido, muy bien acogido por el FMI. En conjunto, el ANC impartió unas directrices que tanto podían ser calificadas de socialdemócratas, por el papel central reservado al Estado en la mejora de los estándares de vida de las extensísimas capas de población pobre que nutrían su electorado, como de socioliberales, o, directamente, liberales, al conceder grandes facilidades al capital corporativo e introducir desregulaciones, inclusive en el mercado laboral.

Por lo que se refiere a la jefatura del movimiento, las previsiones sucesorias las activó Mandela en julio de 1996 con su anuncio de que no iba a presentarse a la reelección en 1999 y de que propondría a Mbeki para tomar las riendas del partido y del Gobierno. La transferencia de la presidencia ejecutiva del ANC y la proclamación de la candidatura a presidente de

la República se produjeron el 18 de diciembre de 1997 en la 50ª Conferencia Nacional, celebrada en Mafikeng. El evento no pudo ser calificado de paseo triunfal para Mbeki, ya que sus candidatos para ocupar dos puestos importantes, la vicesecretaría general y la presidencia nacional, perdieron la partida respectivamente ante Thenjiwe Mtintso y Patrick *Terror* Lekota, tratándose éste último del antiguo líder del Frente Democrático Unido (UDF, organización de masas creada por el ANC en 1983 para fortalecer el elemento popular del combate contra el apartheid) y primer ministro de la provincia del Estado Libre entre 1994 y 1996.

Ramaphosa, que empezaba a mostrarse más interesado en convertirse en un magnate empresarial que en la política, fue reemplazado como secretario general por Kgalema Motlanthe, hombre procedente también del sindicalismo minero y portavoz de fuertes críticas al liberalismo económico del Gobierno. Jacob Zuma, cerebro de la red de inteligencia del movimiento en los años de lucha y presidente nacional desde 1994, asumió la vicepresidencia que Mbeki desocupaba. A partir de este momento, Mbeki actuó como el jefe del Gobierno en la práctica, a medida que Mandela iba alejándose del ejercicio rutinario del poder y destinaba gran parte del tiempo a la actividad internacional en su sentido más amplio y a cumplir con su papel simbólico de “padre de la nación”, mediante giras, visitas y actos de contenido moral y aleccionador.

En su etapa de vicepresidente de la República, Mbeki vio cuestionada su credencial de estadista ponderado cuando le tocó valorar los trabajos de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (TRC), que Mandela, en aras de la unidad nacional y la reparación histórica, convocó por decreto-ley en julio de 1995 con un mandato preciso: elucidar las masivas violaciones de los derechos humanos cometidas durante el apartheid, pero sin que de las conclusiones se derivaran consecuencias penales con carácter vinculante. Formada por un consejo de personalidades independientes y presidida por el insigne luchador antirracista Desmond Tutu, obispo anglicano de Ciudad del Cabo y premio Nobel de la Paz, la TRC publicó en octubre de 1998 el resultado de tres años de investigaciones con un balance mixto en lo referente al reparto de culpas y muy contundente en cuanto a los hechos indagados: el Estado racista blanco había sido el responsable de la mayoría de los crímenes y abusos, pero el movimiento de liberación negro también perpetró atrocidades, por todo lo cual se recomendaba el procesamiento judicial de Botha, Buthelezi y Winnie Mandela, la controvertida ex esposa del presidente, jefa de la Liga de Mujeres del ANC y miembro del NEC (y que, por cierto, sentía hacia Mbeki un aborrecimiento que era correspondido).

El informe del TRC sacudió al partido con la fuerza de un terremoto, y Mbeki, quien personalmente no salió muy bien parado de los testimonios escuchados en las vistas orales, tuvo una reacción furibunda, tildando el documento de “erróneo” e “insensato”, aunque Tutu replicó que se equivocaba si había pensado que la comisión iba a tratar al ANC con más indulgencia que al NP o el IFP. Tal vez sin pretenderlo, Mbeki se vio al frente de un sector del partido que se negó en redondo a emitir una disculpa por cualquier aspecto escabroso de la lucha contra el apartheid, concitando imputaciones de dogmatismo y chovinismo.



De hecho, el vicepresidente, sabedor del escándalo que se avecinaba, y sin consultar a Mandela y otros miembros del NEC, promovió contra la TRC una querrela legal en nombre del ANC para impedir la publicación del informe, pero horas antes de la ceremonia un juez dictaminó que la solicitud era inconstitucional. Mandela, que recibió de Tutu el informe, se limitó a expresar su apoyo incondicional al trabajo hecho por la Comisión, aceptando el documento en su integridad y absteniéndose de entrar en polémicas. Este áspero episodio sirvió para subrayar las fuertes diferencias de talante entre Mbeki y Mandela, y al principio pareció que la credibilidad del primero como estadista había quedado irremisiblemente dañada, pero la tormenta amainó a tiempo para las elecciones generales, no corriendo peligro su candidatura presidencial.

SUCESIÓN DE MANDELA Y CONTINUIDAD DE LAS POLÍTICAS DE GOBIERNO

En las elecciones parlamentarias del 2 de junio de 1999 el ANC y su satélite, el SACP, cosecharon un aplastante 66,4% de los votos, dos puntos más que en 1994, y 266 escaños, uno menos de los necesarios para introducir enmiendas a la Constitución en solitario, pretensión que Mbeki había insinuado. Los segundos comicios generales de la era post-apartheid supusieron también la sustitución del NP, ahora llamado Nuevo Partido Nacional (NPP) y metido en un declive del que ya no se iba a recuperar, por el DP de Tony Leon como el principal partido de la oposición, y la confirmación de la irrelevancia de los extremismos blanco (el *afrikaaner* Frente de la Libertad) y negro (PAC), que, gracias al sistema electoral proporcional, mantuvieron una representación testimonial de tres escaños cada uno pese a no haber alcanzado ni el 1% de los votos.

El 14 de junio Mbeki fue investido por la Asamblea y dos días después tomó posesión como presidente de la República de Sudáfrica para los próximos cinco años, en una ceremonia a la que asistieron delegaciones de 80 países y organizaciones internacionales. En el Gabinete que alineó, el cual siguió siendo de coalición con el IFP, los ministerios económicos no cambiaron de titular: Trevor Manuel continuó en Finanzas y Alec Erwin hizo lo propio en Industria y Comercio, tratándose ambos de dos destacados miembros blancos del NEC (Erwin era además miembro del SACP), lo que era un mensaje de continuidad destinado a los mercados. Jacob Zuma subrayó su condición de *número dos* del congresismo al recibir la Vicepresidencia. Buthelezi fue renovado también en Interior; mientras que Nkosazana Dlamini-Zuma (ex esposa de Jacob, de quien llevaba dos años divorciada) sustituyó al veterano Alfred Nzo en Exteriores y Lekota en Defensa a Joe Modise, antiguo comandante en jefe del Umkhonto we Sizwe y un dirigente popular que, como Ramaphosa años antes, amenazaba con hacerle sombra a Mbeki. Aparte, cabe añadir que el anciano padre del flamante jefe del Estado fue elegido vicepresidente del Senado, a modo de homenaje y reconocimiento a sus largos años de lucha política.

Empleando su tono más amistoso, Mbeki aseguró que Sudáfrica necesitaba la "reconciliación" (precisamente, el fundamento de la TRC, a la que había intentado torpedear el año anterior) y prometió gobernar "sin arrogancia y con responsabilidad", con la mirada puesta en los enormes problemas

que el quinquenio de Mandela había dejado sin resolver, a saber: el paro masivo, que afectaba ya al 35% de la población activa; el aún abrumador subdesarrollo de buena parte de los 32 millones de ciudadanos negros que conformaban el 75,2% de la población (frente a un 13,6% de blancos, un 8,6 de mestizos y un 2,6% de asiáticos de origen indostánico); la explosión de la criminalidad común, con 25.000 asesinatos y 50.000 violaciones al año; y el impacto brutal de las enfermedades endémicas, desde la tuberculosis hasta el cólera pasando por el sida, que presentaba las más lúgubres perspectivas.

Para colmo de males, Sudáfrica atravesaba una etapa de anemia económica (paradójicamente, luego de ser levantados todos los embargos y boicots internacionales) debido a la caída del precio del oro y la falta de inversión foránea. En 1998 el PIB prácticamente no creció y la tasa con que iba a cerrar 1999, el 1,2%, se situaba todavía por debajo del ritmo de crecimiento demográfico. Cómo integrar al país en una economía crecientemente globalizada, donde sólo se admitían las fórmulas liberales y los criterios de competitividad y eficiencia, sin arriesgar los imperativos de la inversión social era el dilema al que se enfrentaba Mbeki, cuyas habilidades para preservar el delicado equilibrio social y constitucional en que se asentaba la obra de Mandela y de Klerk eran puestas en duda dentro y fuera del país. Y es que la población negra estaba ansiosa de extender las recientes conquistas en el ámbito de los derechos y las libertades civiles y políticas a los terrenos social y económico. Ya eran ciudadanos en igualdad jurídica con los blancos, pero ahora querían acceder a las mismas oportunidades y al bienestar material del que gozaban éstos.

De entrada, el presidente hubo de sortear las presiones del sector izquierdista del ANC para que procediera al reparto generalizado de la tierra, una medida largamente esperada por las masas desfavorecidas y que, de ejecutarse, haría honor a un partido que seguía llamándose a sí mismo socialista. Sin embargo, el Gobierno la descartó porque, entre otras razones, creía que en las actuales circunstancias de rebrote de la violencia social (la ola delictiva y nuevos enfrentamientos sectarios entre zulúes y xhosas en Kwazulu-Natal y el Cabo Oriental), una reforma agraria de esas características podría encender la mecha de conflictos mucho más graves.

Menos reluctancias mostraron Mbeki y sus colaboradores ante reformas estructurales que iban a tener como inmediatos beneficiarios a un número muy restringido de sudafricanos. Así, la campaña de privatizaciones se aceleró y en 2000 entró en su fase más ambiciosa, afectando al corazón del sector público industrial, esto es, a las grandes compañías de telecomunicaciones, electricidad, transporte y armamento. En el primer aniversario de la llegada de Mbeki a la presidencia, el ANC era escenario de fuertes tensiones, con el secretario general Motlanthe reprochando al jefe del partido su "excesiva preocupación" por los asuntos internacionales y sus alabanzas al capitalismo de mercado, al que, por el contrario, "debería aprender a odiar".

Desde entonces, el Gobierno de Mbeki no se ha apartado de la senda del gradualismo, que para los críticos por la izquierda debe llamarse de la lentitud y la parquedad.

Superar el desplazamiento de la mayoría negra de las decisiones y actividades económicas importantes, y corregir los enormes desequilibrios en las rentas, los salarios y las categorías laborales son los objetivos de las políticas públicas llamadas de equidad, encuadradas en dos grandes conceptos que son considerados parte integral del proceso de transformación nacional.

En primer lugar está el *Black Economic Empowerment* (BEE), que puede traducirse por *africanización* de la economía, y que incide en la redistribución de la riqueza y la dotación de oportunidades a comunidades o individuos marginados en la era del apartheid, lo que afecta a los ciudadanos tanto negros como *coloured* (mestizos) e indios, y, fuera del segmento étnico, a las mujeres, el proletariado urbano, los jóvenes, los habitantes rurales y los discapacitados. La otra noción fundamental, inseparable de la anterior, es la *affirmative action*, o discriminación positiva en favor de los citados colectivos en la contratación de personal para cubrir las plantillas de las administraciones del Estado y las grandes compañías, sean públicas o privadas.

Bajo la presidencia de Mbeki, la *affirmative action* ha tomado cuerpo gracias a la *Employment Equity Act*, aprobada por la Asamblea en 1998 pero que entró en vigor por partes a lo largo de 2000, y la *Promotion of Equality and Prevention of Unfair Discrimination Act*, promulgada en febrero de 2000. En cuanto al BEE, quedó codificado en la *Broad-Based Black Economic Empowerment Act* de 2003 y un rosario de cartas o marcos legales específicos para los sectores minero (con la previsión de que para 2014 el 26% del capital corporativo esté en manos de accionistas no blancos), agrícola (con el doble objetivo de que para 2014 también haya un 30% de propietarios negros de fincas y que otro 20% de la tierra cultivable sea explotado por granjeros negros en régimen de arriendo con opción de compra), financiero, de hidrocarburos, de tecnologías de la información y telecomunicaciones, de transportes, de la construcción, marítimo, turístico y otros. Al final de la primera presidencia de Mbeki en 2004, ya eran patentes ciertos avances en estas áreas de actuación, en particular la mayor presencia de personas negras en las élites financieras y empresariales, no pocas de las cuales, como ya ha sido comentado, son gentes del ANC.

Mbeki explicó también que la reconversión del sector laboral, donde a las normas equitativas arriba citadas se les unieron otras de claro sentido flexibilizador y favorable a los intereses patronales –provocando la respuesta airada de la COSATU, que ya estaba en pie de guerra por la campaña de privatizaciones y que en agosto de 2001 lanzó la primera huelga general contra el Gobierno, haciendo crujir la Alianza Tripartita con el ANC y el SACP–, aunque dolorosa, era insoslayable. La fuerte destrucción de empleo en las grandes empresas sujetas a los procesos de desregulación y liberalización empujó al Gobierno a inaugurar un programa de incentivo de las pequeñas y medianas empresas como la única manera de reabsorber a los centenares de miles de nuevos parados y mantener a flote las previsiones sobre el particular, excesivamente optimistas, contenidas en la Estrategia Macroeconómica de Crecimiento, Empleo y Redistribución, también conocida como el programa GEAR.

Publicado en junio de 1996, el GEAR da nombre, de manera un tanto eufemística, a un conjunto de actuaciones que han supuesto un ajuste estructural en toda regla de la economía sudafricana. Un desvelo por cuadrar cuentas y establecer índices que al cumplirse la primera década desde el final del apartheid arrojaba un cuadro macroeconómico bastante positivo, en cuanto a crecimiento del PIB (del 3,5% al 4% anual, ritmo no espectacular, pero bien asentado y con perspectiva alcista), la inflación (contenida en torno al 5% anual), la moneda (recuperación del rand tras la brutal devaluación del 55% con respecto al dólar sufrida en 2001, que repercutió automáticamente en los precios), el déficit presupuestario (moderado, a pesar de los compromisos sociales asumidos) y la deuda externa (recortada en los últimos años hasta volúmenes manejables y considerada sostenible, con un montante de 24.000 millones de dólares cuyo servicio equivalía al 11% de las exportaciones). Decididamente, la Sudáfrica de Mbeki era en 2004 una economía emergente, crecientemente diversificada y tercerizada, con excelente proyección regional e internacional, y que operaba en uno de los mercados bursátiles más rentables del mundo.

Por otra parte, el Gobierno consideró seriamente introducir una serie de auxilios sociales referidos genéricamente como el *Basic Income Grant* (BIG), que es una propuesta de una coalición de organizaciones de la sociedad civil (sin duda, entre las más vigorosas de los países en desarrollo) y cuya pretensión fundamental consiste en elevar los niveles de renta mínima de los más desfavorecidos y romperle el espinazo a la lacra de la pobreza, que padece del 45% al 50% de la población. Además de las leyes de equidad y las medidas anexas, el Ejecutivo de Mbeki ha destinado importantes partidas del presupuesto al gasto público en la construcción de infraestructuras, la extensión de servicios esenciales como el agua corriente y la electricidad, ayudas a la adquisición de vivienda y la asistencia sanitaria primaria, que ya es gratuita para las embarazadas y los niños pequeños, con vistas a una cobertura médica universal.

LA POLÉMICA SOBRE EL ORIGEN Y EL TRATAMIENTO DEL SIDA

Todo este abanico de actuaciones y tendencias animaría a formular pronósticos de lo más halagüeños sobre la situación social y económica de Sudáfrica de no ser, claro está, por la inmensa catástrofe del sida, tema que es necesario comentar aparte por sus dimensiones destructivas y sus fuertes coletazos políticos, que presidieron la campaña de las elecciones legislativas de 2004 y recubrieron con un barniz de polémica y de publicidad internacional negativa la primera presidencia de Mbeki, convertido en el protagonista casi exclusivo de la controversia.

En el terreno de la lucha contra el sida, las políticas públicas del Gobierno congresista se caracterizaron, al menos hasta 2003, por un desfase sobresaliente con respecto al estado actual de los conocimientos científicos, pudiéndose hablar de la inexistencia de una estrategia coherente no obstante funcionar un Comité Interdepartamental, un Parteneriado y un Consejo Nacional sobre el sida. A finales de 1999, la nueva titular del Ministerio de Salud, Manto Tshabalala-



Msimang, rehusó autorizar la distribución de la droga AZT, el primer fármaco antirretroviral (ARV) prescrito para inhibir el desarrollo del Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VIH), a embarazadas seropositivas, alegando que se trataba de un medicamento del que existían muchas dudas e incluso sospechas de toxicidad. Cuando se alzaron las críticas, Mbeki salió en defensa de su ministra, en lo sucesivo una firme aliada de sus enfoques no ortodoxos sobre el sida.

La verdadera polvareda se levantó en marzo de 2000, cuando Mbeki deslizó su parecer de que el sida podría no ser causado por el VIH, hipótesis que, según parece, conoció en el curso de una navegación privada en internet. El público ya sabía que el presidente había adquirido la costumbre de informarse sobre el tema en la red de redes, y la prensa dijo entonces que Mbeki había dado con unas páginas web donde se exponían las teorías alternativas de los llamados “disidentes” de la comunidad científica, quienes cuestionan la efectividad de los ARV, la vía de transmisión sexual de la enfermedad y hasta la propia existencia del VIH. El más notorio de estos científicos enfrentados a las posturas oficiales, el bioquímico estadounidense David Rasnick, salió al paso para revelar que en enero anterior había sido contactado por correo y por teléfono por el dirigente sudafricano para asesorarse, ya que pensaba abrir un debate internacional sobre las causas del sida y revisar los métodos usados por la sanidad pública de su país para diagnosticar la infección.

En efecto, Mbeki anunció que quería establecer en Sudáfrica un grupo público de discusión para confrontar las diversas teorías sobre el mal y en el que los especialistas heterodoxos podrían presentar las pruebas en que fundamentaban sus aseveraciones, cuanto menos peregrinas. El Gobierno dijo que se reservaba tomar decisiones de actuación sanitaria en función de lo sacado en claro por ese foro y que iba a invertir 11 millones de dólares en el avance del conocimiento del sida, y de paso confirmó que Mbeki estaba en comunicación con Rasnick y con Charles Gesheker, profesor de historia africana en la Universidad de California, quienes sostenían que el retrovirus no era el agente del sida y que, por lo tanto, los medicamentos ARV eran ineficaces, eso sí no contribuían ellos mismos a agravar el síndrome. Estos especialistas situaban el origen del sida en la convergencia de una serie de factores no víricos, que eran la malnutrición, la falta de higiene, una atención sanitaria deficiente y las enfermedades parasitarias, es decir, la destrucción del sistema inmunológico como el resultado de un subdesarrollo humano agudo. En ese momento, se calculaba que un 12,9% de los adultos sudafricanos era seropositivo, tasa de contagio que se encontraba entre las más elevadas del mundo.

En abril, imperturbable ante las reacciones de perplejidad y consternación suscitadas por doquier, empezando por el colectivo de trabajadores sanitarios y diversas ONG sudafricanas, los cuales advirtieron que negar las evidencias de las investigaciones hechas hasta la fecha y destinar millones de dólares a investigaciones alternativas no hacían sino retrasar la adopción de políticas eficaces de prevención y reducción de la enfermedad, Mbeki envió una misiva al presidente estadounidense Bill Clinton, el primer ministro británico Tony Blair, el canciller alemán Gerhard Schröder, el secretario general de la ONU, Kofi Annan, y otros líderes mundiales en

la que les instaba a unirse a sus esfuerzos para abrir una discusión internacional sobre el origen, la naturaleza y el tratamiento de la epidemia del VIH/sida.

También, les explicaba que, toda vez que la gran mayoría de los infectados por el VIH en África eran heterosexuales, la plaga en el continente requería una estrategia autóctona, no importada de los países desarrollados, donde la enfermedad golpeaba en especial a los homosexuales. Más todavía, Mbeki consideraba “ilógico”, “absurdo” y una “traición criminal a las responsabilidades para con nuestro propio pueblo” permitir imponer la experiencia occidental a la realidad africana. La carta, con un tono vehemente, incluía más comentarios tremendistas y analogías un tanto extravagantes, poniendo a un mismo nivel a los científicos tachados de “peligrosos”, “desacreditados” por sus opiniones sobre el VIH/sida y que eran víctimas de una “campaña de intimidación intelectual y terrorismo”, a la “tiranía” del apartheid y a los “herejes” del pasado, “inmolados en el fuego por aquellos que creían tener el deber de conducir una santa cruzada contra los infieles”.

Poco después, el presidente, aunque más comedido, tuvo la oportunidad de exponer sus polémicos puntos de vista en la primera reunión del Panel multinacional que había nombrado para asesorar al Gobierno. Reunidos en Pretoria el 6 y el 7 de mayo, 32 expertos con diferentes puntos de vista, sin faltar Rasnick y Gesheker, debatieron sobre el sida, pero bien pronto se vio que de allí no saldría un consenso. Ese mismo año, en el 2000, Mbeki volvió a hacer apología de su enfoque discrepante en una ágora excepcional, la XIII Conferencia Internacional sobre el sida, que para más inri se celebraba en casa, en Durban, del 9 al 14 de julio. Ante más de 11.000 científicos –entre los que había una docena de premios Nobel–, representantes gubernamentales, expertos sanitarios, activistas sociales, delegados de empresas farmacéuticas y periodistas de todo el mundo, Mbeki insistió en el factor de la pobreza, en especial la pobreza extrema, como desencadenante del sida pero, como cabía esperar, halló bien poco eco.

La Conferencia aprobó la Declaración de Durban, que reafirmaba que el retrovirus VIH era la causa del sida, y Mbeki y su ministra tuvieron que escuchar a Mandela, convertido en la estrella del evento, demandando al Gobierno una intervención urgente, empezando por la distribución de fármacos ARV a las embarazadas para reducir la transmisión materno-infantil. Sin embargo, de acuerdo con su carácter conciliador, para no agriar más la controversia, Mandela dirigió unos elogios a Mbeki, al que presentó como un “hombre inteligente que asume los planteamientos científicos seriamente y lidera un Gobierno que sé que está comprometido con los principios de la ciencia y la razón”.

Después de la Conferencia de Durban, Mbeki y el Gobierno sudafricano introdujeron algún matiz a su postura y, discretamente, fueron acercándose a la ortodoxia médica que auspiciaban organismos como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el programa Conjunto de las Naciones Unidas contra el Sida (ONUSIDA), aunque aún les costó tres años dar luz verde a los ARV. Medios locales e internacionales extendieron la opinión de que la obstinación de las autoridades encubría sobre todo un cálculo económico, ya que el acceso libre y gratuito a los “cócteles” de fármacos cuya efi-

cacia para frenar la replicación del retrovirus en los organismos portadores (pudiendo prevenir la aparición del síndrome y las llamadas enfermedades oportunistas, revertir anomalías metabólicas en los seropositivos sintomáticos y prolongar la vida de los individuos en fases avanzadas de la enfermedad, esto es, con muy bajo nivel de linfocitos) ya estaba probada en otros países, tendría unos costes exorbitantes para el erario público.

Y eso, a pesar de que, si llegaban a suministrarse, tales medicamentos serían genéricos, es decir, sin licencia y a un precio no prohibitivo, perspectiva que quedó despejada en abril de 2001 al ganar el Gobierno la batalla judicial a las multinacionales farmacéuticas, las cuales, antes de acudir a los tribunales para defender sus intereses comerciales, habían visto rechazada por el Ministerio de Salud una oferta de descuentos del 70% al 90% en sus productos de marca registrada, ya que seguían siendo caros. En adelante, Sudáfrica, con el visto bueno de la OMS podría, bien fabricar los genéricos localmente, bien importarlos del extranjero.

En octubre de 2001, el Panel Asesor Presidencial, que había desarrollado el grueso de sus trabajos el año anterior, definió cierto número de áreas potenciales de investigación, una de las cuales era el estudio del test del VIH. También empezaron a funcionar algunas terapias piloto con determinados ARV, a las que pudieron acceder 25.000 infectados. En diciembre de 2001, el Gobierno de Mbeki sufrió otro contratiempo al dictaminar el Tribunal Supremo la obligatoriedad para los hospitales públicos de suministrar nevirapina a todas las embarazadas seropositivas; entonces, la ministra Tshabalala-Msimang replicó que su ministerio no tenía fondos para ejecutar tal acción, y en mayo de 2002 el Gobierno apeló al Tribunal Constitucional. En octubre siguiente, Mbeki volvió a manifestarse en contra de los ARV por su supuesta toxicidad, pero el borrador del presupuesto del Estado ya se estaba modificando para dar cabida a un programa antirretroviral a escala nacional.

Finalmente, el 8 de agosto de 2003, tras lloverle una cascada de críticas y protestas de personalidades y ONG nacionales (siendo la más combativa la Treatment Action Campaign, TAC, quien precisamente había interpuesto la demanda judicial sobre la nevirapina), y sometido a fuertes presiones internacionales, el Gobierno aprovechó la conclusión de la I Conferencia Nacional sobre el Sida, en Durban, para admitir implícitamente que el VIH provocaba la enfermedad y que los ARV podían retardar el progreso de la misma. Como a regañadientes, Mbeki, que en septiembre declaró al *Washington Post* que no conocía a ninguna persona que hubiese muerto de sida, y Tshabalala-Msimang, quien todavía en febrero de 2004 definió al limón, la cebolla, el ajo y el aceite de oliva como "alimentos absolutamente cruciales" para combatir el síndrome, se pusieron manos a la obra para extender el tratamiento antirretroviral a los cinco millones largos de ciudadanos infectados por el VIH, cifra que en términos absolutos no tenía parangón en el mundo (en Estados Unidos, por ejemplo, los individuos portadores eran cinco veces menos). El 19 de noviembre el Gobierno lanzó formalmente su Plan Operacional para un Tratamiento y un Cuidado Globales del VIH y el sida, más conocido como el *roll-out plan*.

Por entonces se estimaba que el sida y las complicaciones que lo acompañaban mataban a 1.000 sudafricanos al día, y que el 21% de los mayores de 17 años eran seropositivos (la quinta tasa de contagio más alta, después de Zimbabwe, Lesotho, Botswana y Swazilandia). Estas estadísticas aterradoras invitaban a hacer pronósticos muy pesimistas, como la predicción del Banco Mundial de que la economía nacional se colapsaría al cabo de tres generaciones por el exterminio de población activa. Si Sudáfrica no empezaba a suministrar ARV ya mismo y de manera masiva, en 2010 cerca de dos millones de niños serían huérfanos, otro fenómeno desastroso para una sociedad que ya estaba desestructurada por el éxodo de trabajadores varones a las fábricas de las ciudades. La mortandad por el sida estaba repercutiendo en el saldo de población, de manera que para 2004 se esperaba un crecimiento demográfico negativo del 0,25%. No menos escalofriante resultaba la lectura comparativa de las tablas del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): la esperanza de vida al nacer, que en 1993 era de 63,7 años, había caído en barrena y una década después el valor medio no llegaba a los 49 años. A mediados de 2004 se creía que era ya sólo de 46 años, e incluso menos.

REELECCIÓN PRESIDENCIAL EN LA PRIMERA DÉCADA DE LA DEMOCRACIA INTERRACIAL

Los partidos de la oposición política se preguntaron por el coste humano que para Sudáfrica habían tenido estos cuatro años de terca dirección contra corriente, y relacionaron el cambio de opinión sobre los ARV con la proximidad de las elecciones legislativas del 14 de abril de 2004, tras las que Mbeki contaba con recibir de la Asamblea el segundo mandato presidencial. Cuestiones de oportunismo político aparte, lo cierto era que Mbeki tenía garantizada la continuidad en el poder porque el ANC, pese a la movilización obrera contra las reformas liberales, los escándalos de corrupción y el fenomenal alboroto en torno al sida y pese, también, al desprestigio que venía sufriendo la clase política en su conjunto, era la referencia ineludible para la mayoría del electorado. Además, Mbeki, reelegido en la presidencia del ANC en la 51ª Conferencia Nacional en diciembre de 2002, controlaba el aparato del partido y virtualmente no tenía oposición interna.

Claro que, a estas alturas de su carrera como estadista, el presidente, por sus políticas y también por su verbo punzante, verdaderamente venenoso a veces, se había ganado una legión de detractores, entre los que se encontrarían sus propios padres, que en ningún momento dejaron de ser unos militantes comunistas convencidos. Medios locales comentaron insistentemente que desde 1994 Mbeki no había mantenido una comunicación fluida ni con el padre, fallecido en agosto de 2001 después de haber formado parte del Consejo Nacional de Provincias (cámara parlamentaria que reemplazó al Senado en 1997), ni con la madre que, octogenaria, vivía en Ngcingwane, un villorrio rural próximo al terruño familiar de Idutywa, en una casa carente, como las del resto de la aldea, de agua corriente y de sanitario. En vísperas de las elecciones de abril de 2004, Epainette Mbeki iba a declarar que ella era "muy crítica con el Gobierno, porque estoy siempre al lado del pueblo".



Uno de los detractores más relevantes era el arzobispo Tutu, quien tampoco tenía pelos en la lengua y que en noviembre de 2004 iba a despacharse a gusto contra el Gobierno, cuestionando los resultados del BEE y de la campaña para reducir la pobreza, lamentándose por la aparición de una nueva clase de privilegiados negros y alertando contra las actitudes “faltas de sentido crítico, aduladoras y de conformismo obsequioso”. Días después, Mbeki, irritado por estas obvias alusiones personales, replicó en su columna semanal de la gaceta electrónica del partido, ANC Today, que el clérigo faltaba a la verdad y que de todas maneras no estaba en situación de emitir juicios de ese calibre porque no era miembro del ANC. Los medios del partido jalearon el altercado arremetiendo contra Tutu, al que tildaron de “icono” al servicio de una “élite” de blancos.

A partir de enero de 2004 Mbeki desarrolló una campaña electoral reivindicativa, y sin asomo de disculpa por el estrepitoso fracaso de sus porfías en torno al VIH/sida, en la que prometió seguir adelante con las transformaciones emprendidas en 1994, cuyo balance hasta la fecha incluía la construcción de 1,6 millones de viviendas, la provisión de agua corriente a 9 millones de personas y la extensión del suministro eléctrico al 70% de los hogares, además de la estabilidad macroeconómica. Objetivo fundamental para la próxima legislatura era la “reducción radical” de los niveles de pobreza y desempleo, en el caso del último hasta la mitad. Habló de crear un millón de puestos de trabajo mediante la expansión del programa de obras públicas, que contaría con una partida presupuestaria extra de 15.000 millones de dólares hasta 2014, la asistencia a la pequeña empresa, y nuevas oportunidades para los profesionales autónomos y las comunidades rurales autosuficientes.

También, iban a intensificarse el BEE y, en particular, los programas de distribución de tierras para cumplir las previsiones de la Carta Agrícola (*Agri-BEE Charter*). Mbeki prometió asimismo continuar los esfuerzos anticrimen y anticorrupción, con el despliegue de más de 150.000 agentes policiales en tareas de servicio activo, e instó a “construir una nación más sana”, meta en la que el Gobierno estaba comprometido con sus programas para vencer a la malnutrición, la tuberculosis, la malaria y otras enfermedades, y para “cambiar la dirección de la marea” del sida.

Por lo demás, el Gobierno nacional aguardó a la penúltima semana antes de los comicios, el 1 de abril, para comenzar la distribución gratuita de fármacos antirretrovirales en la red de hospitales públicos de Johannesburgo y la provincia de Gauteng, si bien los gobiernos provinciales del Cabo Occidental y Kwazulu-Natal, que siempre habían mostrado una política sanitaria más decidida (y a la sazón presididos por el NNP y el IFP, respectivamente), ya iban adelantados, dentro de sus limitadas posibilidades financieras. La campaña iba a ser muy paulatina, empezándose con 50.000 pacientes y ampliando la cobertura progresivamente en los próximos años, de manera que para 2009 los beneficiarios de los ARV alcanzasen los 1,4 millones. Para la TAC, que en marzo de 2003 había lanzado una campaña de desobediencia civil, y otros colectivos sociales, el *roll-out plan* arrancaba con lentitud y planteaba unos plazos de ejecución poco ambi-

ciosos, aunque también era cierto que el Gobierno iba a tener que multiplicar el presupuesto sanitario, para lo que contaba ya con ayuda internacional.

Las terceras elecciones de la era post-apartheid y primeras bajo el Gobierno de Mbeki presentaron características de las democracias consolidadas: un muy elevado número de partidos concurrentes, una campaña escasa en incidentes (por comparación con los niveles de violencia de anteriores comicios, ya que Kwazulu-Natal no se libró de algunos choques sectarios que produjeron víctimas mortales), acceso proporcional a los espacios de propaganda electoral y el certificado de libertad y limpieza emitido por los observadores internacionales con las mejores calificaciones, tan infrecuentes en el resto de África. Incluso un fenómeno negativo y preocupante, el descenso de la participación (el 76,7%, frente al aproximadamente 90% de 1994 y el 89,3% de 1999), dio pie en el oficialismo a análisis complacientes sobre una “democracia madura” donde el electorado vería los procesos electorales como la cosa más normal, y donde el entusiasmo desbordante de una década atrás habría dejado paso a actitudes más reflexivas o rutinarias a la hora de ejercer el derecho al voto. Los observadores críticos prefirieron hablar de desilusión y apatía, sobre todo entre los jóvenes.

Aunque esperado, no dejó de causar pasmo el éxito arrasador del ANC: el 69,7% de los votos y 279 diputados, lo que representaba una ganancia de tres puntos porcentuales y 13 escaños con respecto a 1999. Por primera vez, el ANC rebasaba la barrera psicológica y legal de los dos tercios, si bien Mbeki ya había puntualizado que no tenía en agenda ninguna reforma constitucional. Por si fuera poco, la formación del presidente ganó en las elecciones a las asambleas de las nueve provincias, en siete de ellas por mayoría absoluta y en las dos restantes, Kwazulu-Natal y el Cabo Occidental, únicas donde no ostentaba la jefatura del Gobierno, por mayoría simple. Sendos acuerdos de coalición, renovada en ambos casos, con el IFP, que aceptó resignadamente la pérdida de la primacía en su feudo tradicional, y el NNP permitieron la investidura de dos primeros ministros congresistas, Joel Sibusiso Ndebele y Ebrahim Rasool, por los legislativos de Ciudad del Cabo y Pietermaritzburg, respectivamente.

El acaparamiento de poder por el ANC era impresionante, pero la robustez del pluralismo del sistema político sudafricano quedó salvaguardada al obtener representación en la Asamblea Nacional otros once partidos, que en su mayoría eran abiertamente multirraciales y entre los que brillaba con luz propia la Alianza Democrática de Sudáfrica (DA, ex DP –Partido Democrático) de Tony Leon y Joe Seremane, el cual ascendió en votos (12,4%) y, consecuentemente, en escaños (50). El NNP del primer ministro saliente del Cabo Occidental, Marthinus van Schalkwyk, que entre 2000 y 2001 había sido integrante de la DA antes de romper con los liberales de Leon y de reconstituirse como partido independiente aunque aliado al ANC, se hundió al 1,7% (siete escaños) y quedó abocado a la extinción. En agosto, los restos del otrora todopoderoso partido nacionalista blanco, en una de las más asombrosas ironías –o venganzas dulces, que también podría ser visto así– de la historia contemporánea, decían iniciar un proceso de absorción, a culminar en septiem-

bre de 2005, por el ANC, la misma fuerza que sus antecesores habían combatido encarnizadamente, y no pocas veces masacrado a tiro limpio, durante más de cuatro décadas.

Convertido en el primer usufructuario del triunfo apabullante de su partido, Mbeki fue investido por los diputados el 23 de abril. Cuatro días más tarde, en una ceremonia a la que asistió su crítica madre, prestó juramento de su segunda y, a menos que se reforme la Carta Magna (cosa harto improbable, toda vez que semejante escenario generaría inestabilidad, además de que el interesado no ha abonado tal hipótesis), última presidencia. Una jornada más tarde, presentó su nuevo Gabinete, que no experimentaba mayores trasiegos de personal, aunque sí novedades cualitativas.

De los 28 ministerios, todos quedaron en manos del ANC o el SACP excepto dos, Medio Ambiente y Turismo, para van Schalkwyk, y Ciencia y Tecnología, para Mosibudi Mangena, quien era el presidente de la Organización del Pueblo Azanio (AZAPO, minúscula formación socialista, con dos diputados) y que desde enero de 2001 venía sirviendo en el Ejecutivo como viceministro de Educación. El NNP, por lo tanto, antes de desaparecer, era recompensado por su aliado con una presencia más conspicua en el Gobierno, donde desde el acuerdo de noviembre de 2001 contaba con dos viceministros. Mbeki prescindió de Buthelezi en Interior, al igual que de Ben Skosana en Servicios Correccionales y Ben Ngubane en Arte, Cultura, Ciencia y Tecnología, como castigo por el talante de confrontación mostrado por las huestes del IFP contra los congresistas en Kwazulu-Natal, y también por la anterior decisión del hasta ahora primer ministro provincial del Inkatha, Lionel Mtshali, de expulsar a dos subalternos del ANC. El IFP, que había vuelto a retroceder en las urnas, tuvo que conformarse con dos viceministros en el Gabinete de Mbeki.

UNA DENSA AGENDA INTERNACIONAL: LA UA, EL NEPAD Y LOS CONFLICTOS AFRICANOS

La actuación del Ejecutivo de Mbeki en política exterior durante su primera administración ha correspondido al estatus de Sudáfrica como potencia regional, que ejerce un ascendiente político y económico directo en toda la parte oriental, central y meridional del continente, con todas las solicitudes de atención y suspicacias que ello genera en los países vecinos. A título personal, las acciones del mandatario sudafricano han tenido un valor motriz inestimable para varios procesos de cooperación intergubernamental y de diálogo Norte-Sur y Sur-Sur, de los que ha sido protagonista y/o artífice, y hecho sentir, como sucedió con Mandela antes que él, una influencia positiva en otros tantos conflictos internos que afligen a estados de la zona. Claro que tampoco han faltado las polémicas, en paralelo a la gran controversia sobre el sida. Ha sido el caso de la postura con respecto a la deriva autoritaria del régimen de Robert Mugabe, viejo camarada en la lucha común contra el imperialismo y el racismo blancos, en Zimbabwe, que es el primer socio comercial del continente.

En septiembre de 1999 Mugabe, hacia quien Mbeki, veinte años más joven, podía sentir un gran respeto y una gratitud por todos los años del exilio en que fue una fuente de emulación revolucionaria y un padrino protector, lanzó una

agresiva reforma agraria consistente en la confiscación expeditiva y sin indemnización de tierras y granjas a la exigua minoría blanca, que era propietaria de un tercio de las fincas cultivables, para entregarlas a los compatriotas negros. La decisión política dio alas a grupos de lealistas supuestamente incontrolados que se dedicaron a allanar violentamente las haciendas de los ciudadanos blancos, causando muertos y destrucciones, y sumiendo al país en una situación social y política explosiva.

Desde Sudáfrica, el ANC observó con gran preocupación la política radical y temeraria de Mugabe, ya que el programa doméstico de reparto de tierras y minas, pese a su carácter gradual y ordenado, no venía estando exento de tensiones, así que lo último que necesitaba era un contagio de retórica nacionalista y odio racial. Las perturbaciones al comercio y las inversiones en toda la región eran dos secuelas nocivas de los sucesos de Zimbabwe que empezaron a notarse. Mandela reaccionó de una manera muy contundente, diríase que insólita en él, llamando a Mugabe "tirano" e incluso instando a los zimbabwos a resistírsele por la fuerza si continuaba en su dinámica autoritaria. Mbeki, en cambio, adoptó un tono mucho más moderado, al rechazar las sanciones impuestas por el Reino Unido a Harare y ofrecer a Mugabe el apoyo público de los líderes africanos a cambio de una reforma agraria negociada con los propietarios blancos y el final de las ocupaciones violentas de granjas.

Mbeki no quiso emitir una condena oficial al Gobierno de Mugabe, pero a finales de 2001, luego de lanzar el autócrata una segunda ola de asaltos en el campo y de represión contra la oposición política en las ciudades, trascendió que el sudafricano estaba furioso por la empecinada huida hacia delante de su homólogo zimbabwo. Después de las elecciones presidenciales de marzo de 2002, en las que Mugabe fue reelegido de manera dudosa frente al líder opositor Morgan Tsvangirai, Mbeki y otros dirigentes de la Comunidad para el Desarrollo de África del Sur (SADC) se distanciaron de las denuncias de fraude emitidas por la UE y Estados Unidos, si bien el presidente sudafricano no quiso llevar su plácet legitimador hasta el punto de asistir a la inauguración del nuevo mandato sexenal de aquél. Pretoria seguía confiando en su "diplomacia tranquila" para propiciar el diálogo en el conflicto que sacudía al país vecino, y en diciembre de 2003 Mbeki viajó a Harare para reunirse con las dos partes, aunque el Movimiento por el Cambio Democrático (MDC) de Tsvangirai le recriminó que hubiese intentado impedir la suspensión de Zimbabwe en la Commonwealth y que no terminara de deshacer su ambigüedad ante los abusos del régimen.

Al margen de este episodio, Mbeki ha sido cofundador de la Unión Africana (UA), sucesora de la Organización para la Unidad Africana (OUA), y de la Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD). La UA fue proclamada por la XXXVII Asamblea Ordinaria de Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA en julio de 2001 en Lusaka y oficialmente empezó a funcionar el 9 de julio de 2002 con motivo de la I Sesión Ordinaria de su Asamblea, o consejo de gobernantes, en Durban. Compartiendo el estrellato con el libio Muammar al-Gaddafi, Mbeki resaltó que la nueva estructura panafricana, en parte inspirada en la UE, estaba firmemente comprome-



tida con la democracia, la paz, la seguridad y el desarrollo económico en el continente, y que iba a dotarse de los instrumentos necesarios para cumplir, y hacer cumplir, esos objetivos. En tanto que anfitrión de la cumbre, Mbeki fue elegido primer presidente de turno de la UA, función que desempeñó hasta la II Sesión Ordinaria de la Asamblea, en julio de 2003 en Maputo, cuando entregó el testigo al mozambiqueño Joaquim Chissano.

Uno de los pilares de la UA es el Nuevo Partenariado (o alianza, o asociación, traducciones todas aproximadas del término *partnership*) para el Desarrollo de África (NEPAD), ambicioso plan multilateral que pretende colocar al continente, por primera vez, en el centro de la agenda mundial y sacarlo de la marginación sufrida a raíz del derrumbe del bloque comunista en Europa. En síntesis, el NEPAD descansa en un compromiso recíproco: el incremento por los países ricos de sus inversiones y ayudas al desarrollo de los países africanos en la medida en que éstos eliminen corrupción, prácticas dictatoriales, desgobierno y violaciones de los derechos humanos, y a la vez que avanza en la integración de sus economías, aspiran a modelos de desarrollo sostenible, afrontan de manera colectiva los ataques contra la paz y la seguridad regionales, y combaten la pobreza y las desigualdades de sus sociedades.

La elaboración de esta nueva estrategia de cooperación Norte-Sur, que originalmente se llamó Partenariado del Milenio para el Programa de Recuperación de África (MAP) y luego Nueva Iniciativa Africana (NAI), se remonta a la cumbre extraordinaria de la OUA en Sirte, Libia, de septiembre de 1999, y surgió como una iniciativa conjunta de Mbeki y los presidentes de Nigeria, Olusegun Obasanjo, y Argelia, Abdelaziz Bouteflika. En la ciudad mediterránea, los líderes africanos facultaron a los tres para abrir con los organismos y países acreedores un diálogo sobre la cancelación de la deuda externa de África, misión que no dio los resultados apetecidos. A continuación, el Movimiento de Países No Alineados (MPNA), del que, a la sazón, Mbeki era presidente de turno al haber heredado la función de Mandela (lo siguió siendo hasta febrero de 2003), y el Grupo de los 77 (G-77, que reúne a 134 países en desarrollo), les encomendaron transmitir las preocupaciones del Sur al G-8 (Grupo de los 7 países más industrializados más la Federación Rusa) y, de nuevo, a los organismos multilaterales de crédito.

La OUA volvió a la carga en julio de 2000, instruyendo a los tres presidentes para que definieran un esquema de diálogo estructurado con los países ricos, el MAP propiamente dicho, que fue dado a conocer al G-8 ese mismo mes en su cumbre de Okinawa, y al Foro Económico Mundial en Davos en enero de 2001. A Mbeki correspondió redactar el primer borrador de los propósitos y el plan de trabajo de la iniciativa, sirviendo de base para el Programa de Acción, el cual, una vez consensuado con Bouteflika y Obasanjo, fue presentado a la OUA en otra cumbre extraordinaria en Sirte en marzo de 2001. Poco después, el MAP se fusionó con el Plan Omega, una iniciativa personal del presidente de Senegal, Abdoulaye Wade, dando lugar a la NAI, que fue presentada por la OUA en la citada cumbre de Lusaka.

El nombre de NEPAD fue adoptado en octubre siguiente a la vez que un marco institucional (un Comité de Implemen-

tación, un Comité de Dirección y un Secretariado) y tres grandes áreas de actuación (precondiciones del desarrollo sostenible, prioridades sectoriales y movilización de recursos). La cumbre que puso en marcha el NEPAD se celebró en París el 8 de febrero de 2002 y a ella asistieron el vicepresidente Zuma y una docena de líderes africanos, además de los dirigentes del país anfitrión, Jacques Chirac y Lionel Jospin. Como máximo propulsor del NEPAD, Mbeki tuvo que emplearse a fondo para disipar los recelos de algunos colegas del continente, que no veían con buenos ojos que la ayuda occidental estuviera condicionada a un código de conducta, y para silenciar a Gaddafi, para quien el partenariado era una servidumbre neocolonial.

Mbeki, Obasanjo, Bouteflika y Wade expusieron las necesidades del NEPAD al G-8 en su cumbre de Kananaskis, Canadá, el 27 de junio de 2002. Acudieron con una solicitud de inversiones anuales por valor de 64.000 millones de dólares, y de supresión de subsidios agrícolas para que los bienes africanos pudieran penetrar en los mercados de Europa y Estados Unidos. Pero los líderes occidentales, pese a sus declaraciones elogiosas (el británico Blair se venía distinguiendo como el mejor abogado de Mbeki en este ámbito), rehusaron abrir nuevos grifos de ayuda por el momento y se acomodaron en una actitud de esperar y ver los progresos realizados por los países africanos en la gobernanza, la inversión social, la adopción de políticas de crecimiento económico y la lucha contra el terrorismo. Este Plan de Acción para África estuvo lejos de satisfacer las expectativas del cuarteto invitado.

De la siguiente cumbre a doce del NEPAD y el G-8, en Evian, Francia, el 1 de junio de 2003, Mbeki y sus colegas, al que se sumó el egipcio Hosni Mubarak, volvieron a salir prácticamente con las manos vacías, ya que sólo arrancaron a los *grandes* un compromiso genérico con la intensificación de la reducción de la deuda externa. Ya en la víspera de la cumbre, Mbeki declaró que el Comité de Dirección del NEPAD estaba "muy descontento" con la parsimonia y la cicatería del G-8. Entre los analistas, empezó a hablarse lisa y llanamente de fracaso.

Que en 2004 Mbeki y sus colegas no fueran invitados a la cumbre anual del G-8, en Sea Island, Estados Unidos, en el formato NEPAD, sino como integrantes de una selección más amplia de doce líderes a los que se expuso una agenda de acción contra la proliferación de armas de destrucción masiva, y el -ideado por Washington- Partenariado para el Progreso y el Futuro Común con el Gran Oriente Medio y el Norte de África, se interpretó como el arrinconamiento de aquella estrategia específicamente africana y el predominio de las cuestiones de seguridad sobre las problemáticas del subdesarrollo y la pobreza. Claro que Mbeki, a título individual, también podía ser puesto en la picota por no predicar con el ejemplo en lo que le tocaba de los compromisos del NEPAD, de entrada, oponiéndose firmemente a la involución política en Zimbabwe.

Deseoso de sumar más fuerzas en el complicado diálogo con el Norte, después del fiasco de Evian, Mbeki se aproximó al brasileño Luiz Inácio Lula da Silva y al indio Atal Bihari Vajpayee para formar el llamado Foro de Diálogo India-Brasil-Sudáfrica (IBSA), atractivo eje trilateral que fue valorado por el Gobierno brasileño, su forjador, como una "nueva alianza

estratégica” y como la génesis de un “bloque del Sur”, centrado en los aspectos desarrollistas, comerciales, medioambientales y sanitarios. Por el momento, el IBSA ha celebrado reuniones sólo a nivel ministerial, si bien en septiembre de 2003 los tres dirigentes se vieron las caras en Nueva York con motivo del arranque del período anual de sesiones de la Asamblea General de la ONU, momento que *Lula* aprovechó para hacer la presentación formal del foro. En noviembre siguiente, Mbeki recibió al brasileño en Pretoria para avanzar en la vía de ese lenguaje común que se desea articular en los tratos con el Norte.

Como se anticipó anteriormente, el presidente sudafricano ha desempeñado un papel de primer orden en la mediación y solución de guerras civiles. En la República Democrática del Congo, escenario de la conflagración más devastadora, internacionalizada y enmarañada en la historia del continente, Mbeki empezó secundando al zambiano Frederick Chiluba en los esfuerzos pacificadores desarrollados, infructuosamente durante mucho tiempo, bajo las égidas de la SADC y la OUA/UA, pero terminó erigiéndose en la autoridad más escuchada, con el ascendiente adicional que confería ser el presidente de turno de la UA. De manera que en la segunda mitad de 2002 Pretoria puso la mesa para la firma por el Gobierno de Kinshasa, el Gobierno ugandés y los rebeldes congoleños de sendos acuerdos de repatriación de tropas, el 30 de julio, y de fin de las hostilidades, el 17 de diciembre. El acuerdo –teóricamente- definitivo de paz fue suscrito en el centro vacacional de Sun City, Limpopo, el 2 de abril de 2003, en presencia de un satisfecho Mbeki. Además, Sudáfrica, junto con Nigeria, aportó el grueso de los cascos azules de la Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUC), que como operación de mantenimiento de la paz empezó a funcionar en febrero de 2001.

Mbeki y su gobierno han realizado también gestiones altamente positivas para reconducir los conflictos civiles de Burundi (envío en octubre de 2001 de 700 soldados para vigilar el acuerdo de paz adoptado el año anterior; segundo contingente de interposición con mandato africano en 2003; mando desde junio de 2004 de las Operaciones de las Naciones Unidas en Burundi (ONUB); en agosto siguiente, firma en Pretoria de un acuerdo multipartito de reparto del poder a la conclusión del período de transición), Sudán (codecisión en julio de 2004 de desplegar una Fuerza de Protección de la UA en la región de Darfur) y Côte d'Ivoire (encargo por la UA en noviembre de 2004 de una “misión de urgencia” para restaurar los términos del acuerdo de paz de Linas-Marcoussis de enero de 2003).

Todo este activismo de Mbeki ha venido a ser también la cara práctica de sus formulaciones teóricas, consideradas excesivamente optimistas o visionarias por numerosos observadores, en torno a un *renacimiento africano* (*African renaissance*).

sance). El concepto, vinculado al NEPAD y a la fundación de la UA, encierra apelaciones de carácter regeneracionista, modernizador y moderadamente nacionalista, sin asomo de confrontación entre civilizaciones. Mbeki lo acuñó en 1997 siendo vicepresidente y ha conseguido popularizarlo a fuerza de divulgarlo en las palestras internacionales, en conferencias y en escritos. Está presente también en un libro firmado por él y publicado en 1998, *Africa: The time has come*, obra que funde los apuntes autobiográficos y el pensamiento político.

Mbeki, seguramente el hombre que más poder tiene en el continente, ve al suyo como un país señero del África subsahariana, con la voluntad y, supuestamente, la capacidad de ejercer de doble puente, por un lado entre el Norte y el Sur, y por otro lado entre los países de ese Sur que es toda África, para deshacer la antinomia tradicional que agrupa, por un lado, a los pueblos blancos, la riqueza, el orden y la democracia, y, por el otro lado, a los pueblos negros, la pobreza, el desorden y el autoritarismo. La concesión a Sudáfrica del campeonato mundial de fútbol de 2010 (frente a las candidaturas de Libia, Marruecos y Egipto), que produjo en el país un estallido de alegría sin parangón desde las históricas jornadas de 1994, ha sido vista como un reconocimiento en toda regla de la obra emprendida por Mandela y continuada por Mbeki.

En la rica agenda exterior de la presidencia de Mbeki han destacado otros eventos no mencionados hasta ahora, como la XXXIV Reunión de líderes de la Commonwealth, en Durban del 12 al 14 de noviembre de 1999, la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, en Durban también, del 31 de agosto al 8 de septiembre de 2001, y la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible, en Johannesburgo del 26 de agosto al 4 de septiembre de 2002.

Una mención especial merece la Cumbre de Durban contra el Racismo, ya que discurrió tumultuosamente por los desacuerdos sobre si los países ricos debían hacer un resarcimiento por los ultrajes cometidos en el pasado y sobre qué comportamientos actuales debían considerarse racistas. En la cumbre paralela de las ONG Mbeki trazó una línea de continuidad entre la “pobreza y la desesperanza” de hoy y el racismo ideológico, la esclavitud y el colonialismo de ayer, e instó a las antiguas metrópolis coloniales a que pidieran perdón por las tropelías infligidas a los pueblos sojuzgados en las décadas y siglos anteriores. Por otro lado, la asimilación del sionismo a una forma de racismo en el primer borrador de la declaración conjunta, tomando como ejemplo el trato dispensado a los palestinos de los territorios autónomos y ocupados motivó el abandono intempestivo de las delegaciones de Israel y Estados Unidos antes de que pudiera alcanzarse un texto de mínimo consenso.



Referencias bibliográficas

AJULU, Rok (2001): "Thabo Mbeki's African renaissance in a globalising world economy: The struggle for the soul of the continent", *Review of African Political Economy*, vol. 28, n.º. 87, marzo 2001.

CALLAND, Richard/JACOBS, Sean, (eds.) (2002): *Thabo Mbeki's World: The politics and ideology of the South African president*, University of Natal Press, Scottsville.

HANDLEY, Antoinette (2004): "The new South Africa, a decade later", *Current History*, vol. 103, n.º. 673, mayo 2004.

IHEDURU, Okechukwu C. (2004): "Black economic power and nation-building in post-apartheid South Africa", *Journal of Modern African Studies*, vol. 42, n.º 1, marzo 2004.

MULENFO, Mukanda M. (2000): *Thabo Mbeki and the African renaissance: The emergence of a new African leadership*, Actua Press, Pretoria.

OLIVIER, Gerrit (2003): "Is Thabo Mbeki Africa's saviour?", *International Affairs*, vol. 79, n.º. 4, julio 2003.

Discursos y declaraciones del presidente en la web del Gobierno de Sudáfrica: <http://www.info.gov.za/speeches/leaders/index.htm>

ANC Today, órgano de prensa *on line* del ANC:
<http://www.anc.org.za/ancdocs/ancoday/>

South.Africa.info, portal temático oficial sobre Sudáfrica:
<http://www.southafrica.info/>

Polity.org.za, portal de información y documentación política, económica y legal: <http://www.polity.org.za/>